

BOLETÍN

DE LA

Real Academia Sevillana de Buenas Letras

AÑO I

VIERNES 30 DE JUNIO DE 1899

NÚM. 6

DISCURSO

LEIDO ANTE LA REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS POR
EL SEÑOR D. JAVIER LASSO DE LA VEGA Y CORTEZO, EN LA
RECEPCIÓN DEL DÍA 25 DE NOVIEMBRE DE 1883.

Señores Académicos:

No me es posible comenzar este acto sin expresaros cuánta gratitud me inspira la extraordinaria benevolencia que habéis tenido para mí.

La inmerecida distinción con que me ha honrado la Academia Sevillana de Buenas Letras ha producido en mi ánimo una sorpresa tanto más grata y un reconocimiento tanto más sincero, cuanto que nunca se ocultó, aun á mis más atrevidos deseos, la inmensa distancia que media entre los gloriosos nombres que han enaltecido á esta sabia Corporación, y el mío, humilde y obscuro, que no recuerda triunfos pasados, ni supone méritos presentes, ni los promete siquiera para lo porvenir.

Al aceptar honor tan alto, nada puedo ofrecer en cambio que corresponda dignamente á la merced recibida: mi insignificante concurso nada vale; mi admiración y respeto existían de antemano; la gratitud no es suficiente; mi deuda, pues,

será eterna. Sirva para aminorarla, ya que no para extinguirla, el firme deseo, siempre vivo, sin duda nunca realizado, de hacerme acreedor algún día á este honroso puesto, que, ocupado por mí, sólo demostrará cuán grande es la indulgencia de los que abren sus puertas y tienden sus brazos al obscuro desconocido que pugna inútilmente por surcar el océano de la ciencia, y que es arrojado á la playa tras penosa lucha, salvando del naufragio solamente su buena voluntad.

Señores: No esperéis de mí una de esas inolvidables disertaciones que acostumbráis saborear en las solemnidades de esta Corporación. Aun á pesar suyo, el talento imprime á sus obras solidez, á sus pensamientos originalidad, á sus palabras elocuencia, y se revela y ostenta en sus producciones como el calor en la luz. En mi trabajo, ninguna de estas galas hallaréis. Yo sólo puedo ofrecer os imparcialidad, creencias acaso erróneas, pero sinceramente profesadas, amor á lo verdadero y afán por encontrarlo. «¡Pobre ropaje!» pensaréis. No es, ciertamente, el lujoso atavío con que visten sus obras los que lograron remontarse con sus potentes facultades á las más altas esferas del saber: es el sencillo y modesto traje del peregrino que, con el corazón limpio de prejuicios, penetró humilde, admirado y silencioso en el augusto templo de la ciencia: avanzó en ese grandioso recinto de sólidos pilares, desnudos arcos y elevadas bóvedas; cruzó entre los sarcófagos en que reposan los confesores de las ideas, los apóstoles de las doctrinas y los mártires de la investigación; dobló sus rodillas ante los altares de la verdad, iluminados á través de caladas ojivas por incoloras y serenas luces, y juró solemnemente amarla y defenderla por lo que ella sola vale, sin profanarla con impuros designios, ignominiosos perjurios ó cobardes apostasías; que si hay perdón para los que incurren en errores involuntarios, no hay, en cambio, la más leve indulgencia para el impío que á sabiendas ultraja lo más respetable y santo del Universo; que si la ciencia es la verdad, la verdad es Dios.

Con un atrevimiento imperdonable he osado escoger para tema de mi disertación uno de esos profundos y misteriosos

problemas que exigen en quien los dilucida un espíritu de observación y sana crítica y una erudita memoria, de que carezco en absoluto. El amor es un instinto irreflexivo, y yo, amante apasionado de lo grande y de lo bello, he obedecido más á mi corazón que á mi inteligencia, al proponerme estudiar *el genio y la inspiración* del hombre. No me han impuesto este asunto mis especiales conocimientos; es su belleza la que me ha seducido y cautivado; que si hay en el mundo tantas grandezas, que á poco de contemplarlo convenimos en que nada es desagradable ó nimio en el espectáculo del Universo, cierto es que no ocupa el último lugar entre ellas el genio del hombre: ese poder que nace por invisible combinación en los ocultos talleres de la vida; que en sus inspirados arranques conmueve los cimientos de los más arraigados errores, transforma la vida de un pueblo y extiende su influencia á cien generaciones que viven dulcemente al resplandor de sus destellos: poder inmenso que rige la humanidad, sin el cual nuestro progreso no se concibe; que hace llevadera la existencia, sujetando á su dominio las fuerzas naturales; que mitiga nuestros pesares con sus artísticas creaciones, y que brilla á intervalos y con preferencia en medio de los más radicales cataclismos y las más ruinosas catástrofes, cual si quedara debilitada y convulsa la naturaleza suministrando el enorme contingente de actividad que se aglomera y concentra en la frente del elegido.

Y es tanto más difícil mi tarea, cuanto que la moderna psicología, cuyo juicioso escalpelo va disecando con tanta discreción el espíritu humano; que ha abierto con su método nuevos horizontes á la investigación; que ha conseguido apreciar con exactitud matemática no pocos fenómenos psíquicos, y que marcha de triunfo en triunfo hacia el *nosce te ipsum* de la antigüedad, no ha logrado aún penetrar en el santuario del espíritu lo bastante para sorprender el último secreto del genio.

¿Qué es éste? ¿Consiste en una estructura más perfecta del órgano cerebral, y revela, comparado con las inteligencias vulgares, una superioridad de grado y no de naturaleza? ¿Es una facultad más, agregada al conjunto de las potencias mentales? ¿Es una combinación de las fuerzas mismas que rigen el Universo? ¿Es un soplo divino, sagrada emanación de un Sér

Supremo, impreso en el espíritu de un feliz predestinado? ¿Es un desorden mental, una neurosis, una locura? ¿Aparece de súbito, sin antecedentes que lo expliquen, ó es el resultado forzoso de un previo determinismo?

El genio es, ante todo, el poder de crear: así dice un distinguido escritor, y en efecto, sorprender el secreto que guardan avaros el cielo en sus espacios, la tierra en sus senos, el océano en sus abismos, el vegetal en sus fibras y el hombre en su corazón, ó hallar la forma sensible que revela con elocuente y sincera fidelidad las sublimes representaciones que á la luz de la inspiración contempló el artista, no es ciertamente realizar en absoluto la creación *ex nihilo*, pero es presentar á los hombres un hecho desconocido ó una idea que antes no existía para ellos, que viene á satisfacer una necesidad del espíritu humano, y que, aunque formada de elementos preexistentes, ilumina, transforma, regenera, y si no reviste todos los caracteres, produce todos los resultados de una verdadera creación.

Criticar, ordenar, resumir las ideas ó hechos conocidos, es tarea propia del talento; hallar lo ignorado, es en la ciencia patrimonio exclusivo del genio; en las artes sin personalidad, sin originalidad, sin creación, no hay en rigor obra de arte.

Mas ¿cómo se crea? ¿Por qué mecanismo, ó por qué adivinación halla el hombre de ciencia su invento, y el artista la imagen de su obra?

Cuando el poeta ó el pensador encuentran una idea original, que no ha concebido antes sér alguno, que no ha existido en su mismo pensamiento, de la que, por tanto, no podían abrigar el indicio más leve; cuando se lanzan á las regiones de lo inexplorado y lo desconocido, ¿cómo encuentran el camino que á tan altos fines los conduce? ¿Qué faro los ilumina? ¿Cómo descubren su incógnita, oculta en las selvas de un mundo ignorado? ¿Bastará para ello el tenaz propósito de conseguirlo?

Seguramente que no. El hombre de genio no halla á voluntad sus sublimes concepciones, como mueve á voluntad sus miembros por el solo hecho de desearlo. El pintor ó el músico á quienés se encarga la composición de un cuadro ó de una sinfonía, no pueden, en general, presentarlos inmediatamente; apenas se atreverán á calcular con más ó menos error la época

en que la obra artística estará bosquejada. Mil veces el poeta, después de prolongada meditación, febril impaciencia y desesperada lucha, arroja la pluma sobre el papel intacto, convencido de que es inútil toda tentativa, y de que es forzoso aguardar ocasión más propicia ó mejor disposición de ánimo para que las esquivas Musas dirijan el soplo de la inspiración sobre su abatida frente.

No basta, pues, la voluntad para concebir una idea original y grande. Tan insuficiente es este habitual motor de nuestros actos, que en innúmeras ocasiones pretendemos dirigir toda nuestra actividad en un sentido determinado, y obtenemos concepciones perfectas y acabadísimas de ideas que no guardan la menor relación con la que era objeto de nuestras meditaciones. Buscando la solución de un problema de álgebra, hallamos repentinamente el asunto de una composición poética que, á despecho de la voluntad, seduce la atención, y, alejándola del estudio primitivo, la absorbe en la contemplación estática de aquella idea súbita, tan ajena á veces á nosotros mismos, que la juzgamos revelación celeste, porque no habíamos sospechado que su germen se arraigase y creciera, dando tan vistosas flores y sabrosos frutos, perdido en la obscuridad de la inconsciencia, sin el apoyo de la voluntad, sin el cultivo de la reflexión, sin el rocío del entusiasmo ni el calor y la luz del sentimiento.

De lo cual se induce, con severa lógica, que la concepción de ciertas ideas, no sólo es involuntaria, sino inconsciente también.

Aunque otra cosa se crea, y aunque haya quien considere á la conciencia como sinónima del espíritu, son tan pocos los estados de éste que pueden apellidarse conscientes, que autor muy renombrado y psicólogo insigne, bien ajeno á la influencia del moderno pesimismo alemán, avanza hasta proclamar que no seríamos menos inteligentes sin la conciencia, no advirtiéndose en tal caso otra falta que la de un testigo presencial del trabajo, siempre regular y ordenado, del espíritu.

Lo cual equivale á decir que, así como los órganos de la vida vegetativa se nutren y funcionan sin el acicate de la voluntad ni la inspección de la conciencia, no siendo por eso me-

nos, sino acaso más perfecto su ejercicio; así como ellos obran en virtud de su estructura y por un impulso ineludible, así también el espíritu, en virtud de su naturaleza y por una espontaneidad propia, concibe abstracciones é ideas tan perfectas y tan ajenas á la conciencia y la voluntad como la formación celular ó la secreción pancreática.

Y en verdad, señores, que esta proposición, acaso exagerada, no es absurda; antes al contrario, enuncia hechos por todos experimentados, y, con más ó menos reflexión, por todos reconocidos.

Nosotros depositamos en la memoria ideas que se asocian entre sí con tal cohesión, que, evocadas las unas, surgen sucesivamente las otras, sin que tengamos conciencia de esta asociación, ni poder para evitarla.

Nosotros no somos dueños de recordar en un momento dado todos los conocimientos que poseemos, ni aun una pequeñísima parte de ellos: clara demostración de que la luz de la conciencia no alcanza á disipar la sombra en que viven nuestras ideas, y de que no conocemos en su estado estático nuestro propio espíritu.

Nosotros fusionamos conceptos semejantes y formamos ideas generales sin intervención alguna de la conciencia.

A veces experimentamos genialidades, tristezas ó caprichos que dependen de una afección hepática ó cardíaca, sin que la conciencia nos lo revele ni lo sospeche.

En ocasiones queremos traer ante aquélla un recuerdo, y éste se niega con tesón á presentarse, permaneciendo oculto, inutilizando nuestros esfuerzos, dejando á la memoria cansada, á la imaginación vencida y á la voluntad tan burlada, que cuando cesa en su empeño y dirige su actividad á otros propósitos, el recuerdo rebelde aparece espontáneamente, claro, vivo, brillante, interrumpiendo el nuevo trabajo y sorprendiéndonos con su venida.

Frecuentemente nos asimilamos ideas de que no tenemos conciencia; así, el criado de Coleridge, que había servido antes á un hebreo, recitaba durante su enfermedad párrafos en este idioma, lo que no hacía antes ni después en completa salud; prueba irrecusable de que inconscientemente se había

asimilado é inconscientemente poseía aquellos conocimientos.

No será ocioso recordar, como comprobación de la independencia de nuestros pensamientos, que cuando una idea se apodera de nosotros, carecemos de poder propio y directo para desecharla.

Más aún: á veces la conciencia es hasta un obstáculo para la fácil asociación de los pensamientos, como lo es también para la ejecución de los movimientos que han alcanzado la perfección de la actividad automática; y es que, fijándonos en un grupo demasiado concreto de ideas, estorbamos la asociación entre recuerdos más lejanos, con los que está ligado, digámoslo así, aquel que queremos traer á la conciencia.

De todos estos hechos, que podrían multiplicarse hasta la saciedad y que vemos claramente confirmados acudiendo á nuestra memoria y á la diaria experiencia, se induce cuán poco exageradas son la afirmación del sabio á que antes me refería, y la opinión, por tantos otros sustentada, de que una gran parte, y, sin duda, la más exquisita y delicada de nuestros ejercicios intelectuales, no sólo es involuntaria, sino que está enteramente fuera del dominio de la conciencia.

Esta convicción la han expresado admirablemente los artistas, atribuyendo la concepción de sus más grandes ideas á la influencia de las Musas, de un soplo divino, á un dón de los dioses, á una voz que habla á su oído, á un águila que los remonta á los cielos, ó á una luz celeste; ficciones que revelan bajo distintas formas la independencia que advierten entre su voluntad y la inspiración, y la ignorancia en que se hallan del modo como se forja el pensamiento, que, adecuado y perfecto, surge repentinamente ante su conciencia, como si fuera un producto elaborado en un espíritu ajeno y superior al suyo.

En la célebre carta en que explica Mozart cómo componía sus obras, dice este insigne músico: «Yo mismo no acierto á dar cuenta clara de ello; mientras viajo ó paseo, ó de noche, cuando no puedo dormir, se me ocurren multitud de pensamientos con la mayor facilidad del mundo. ¿De dónde y cómo llegan? Yo no lo sé, ni tomo parte en ello; los que me agradan los retengo en mi cabeza, y, cuando ya elijo un tema, bien pronto otro se une al primero; mi alma se inflama, y, si nada me dis-

trae, la obra crece y se completa y toma el estilo de Mozart, sin que yo busque la originalidad ni sepa definir mi propio estilo; y no me preguntéis más, querido amigo, que más no sé decir. Vos, que sois un sabio, no podéis imaginar cuánto me cuestan estas explicaciones.»

Y no sólo los artistas; también los críticos y pensadores han emitido, en términos más ó menos análogos, esta misma opinión. «Las mejores ideas de un autor, dice Vauvenargues, son las que medita menos y le extrañan á él mismo.» «De repente, escribe Claudio Bernard, viene un rayo de luz; la idea nueva aparece con la rapidez de un relámpago, como una especie de revelación súbita.» Schelling ha dicho: «Los materiales de su obra son suministrados al artista sin su concurso y como si fueran producto del exterior;» y ha escrito también: «así como el hombre perseguido por la fatalidad no hace lo que quiere, sino lo que un misterioso destino le condena á ejecutar, así el artista, por grande que sea su voluntad, obra respecto á lo que constituye el objeto de su producción bajo el imperio de una fuerza que lo escoge entre los demás hombres, obligándole á decir ó representar cosas que él mismo no comprende, y cuyo sentido es infinito;» y Leibnitz ha expresado esta impotencia de la voluntad y este poder de lo inconsciente, y aun deja vislumbrar la razón del hecho, diciendo: «Los hombres buscan lo que saben, pero no saben lo que buscan.» Un profundo pensador sostiene que «la actividad psíquica no implica necesariamente la conciencia,» y agrega que «la parte más importante del trabajo mental, la que constituye primordialmente el acto del pensamiento, se realiza sin la participación de aquélla.» Hartmann afirma, que «el hombre de genio recibe sus inspiraciones, ó mejor, las sufre sin haberlas deseado.» Sir Willians Hamilton declara «demostrada, sin que pueda haber duda racional alguna, la doctrina de las modificaciones latentes ó de los actos y afecciones inconscientes del espíritu;» y, partiendo de estas verdades, dice un distinguido psicólogo contemporáneo que «cuando la psicología sólo toma por base la conciencia individual para iluminar con ella las profundidades de la actividad psíquica, está tan lejos de lograr su objeto, como quien se propusiera alumbrar el Universo con una cerilla.»

Más diremos: si la creación no es voluntaria, ni consciente, tampoco es hija directa de la pura reflexión, ni puede llegarse á ella por el impulso de la lógica ni por el camino del método.

Por la pura reflexión, recorreríamos una y otra vez la serie de nuestras ideas, según el orden de su adquisición ó el que marcaran ciertas asociaciones, sin llegar jamás á nada inesperado y nuevo. Reflexionar es reflejar, reproducir ante la conciencia las ideas conocidas, tales como fueron, sin alteración ni modificaciones, y compararlas, eliminarlas y retenerlas; pero no es formar ideas nuevas.

Por medio de la lógica llegaríamos á comprobar identidades entre hechos conocidos, pero no á descubrirlos. Los razonamientos por identidad nada nos dan que no esté contenido en las ideas que concebíamos de antemano. La lógica nos suministra verdades necesarias; pero ¿tiene más valor la necesidad que el hecho? Ó ¿depende aquélla de éste? Una cosa no es necesaria en sí, sino con relación á otra verdad tenida por absolutamente cierta. La proposición $A=A$, no me autoriza á afirmar la existencia de A sino en el caso en que ésta me sea dada de antemano. La lógica sólo suministra verdades condicionales. La lógica sólo sirve para afirmar explícitamente lo que está implícitamente contenido en nuestras hipótesis; pero las hipótesis mismas no nos son dadas por la lógica, es decir, por una demostración. La lógica no nos procura la necesidad sino por medio de la identidad, y una cosa no puede ser idéntica absolutamente, sino sólo idéntica á otra, que no puede ser por sí lógicamente necesaria, porque de identidad en identidad, de demostración en demostración, llegaríamos al fin á una afirmación gratuita, de la cual dependería todo nuestro razonamiento. La lógica sola, nada positivo puede hacernos afirmar.

En cuanto á las invenciones que podríamos llamar metódicas, son más bien resultado ó aplicación de invenciones anteriores que invenciones ó creaciones reales, y, por tanto, el verdadero inventor no es el que aplica el método, sino el que lo descubre; y claro es que éste no pudo guiarse por él para encontrarlo.

Resulta, pues, de este análisis, que la creación del genio, la más alta y admirable función del espíritu, no es una opera-

ción voluntaria, ni consciente, ni hija de la pura reflexión, ni de la lógica ni el método. Un joven y distinguido psicólogo contemporáneo sostiene que la invención científica, como la creación artística, son, sin duda alguna, obra del azar; azar puramente subjetivo y temporal, que sólo existe, dada la inflexibilidad del determinismo externo y del interno, para nuestra limitada inteligencia; azar que es hijo del conflicto de estos dos determinismos, y, por tanto, determinado y causado él á su vez, pero no por eso menos imprevisto y menos acreedor á este nombre.

¿Será verdaderamente la creación del genio obra de la casualidad, de un rayo de luz, del soplo de las Musas, ó revelación de un poder extraño ó una energía sobrenatural?

Continuará.